

IRRISION E INCONSECUENCIA EN EL CONCURSO DE RADIOTEATRALIZACION DE LA VIDA DE JOSE GERVASIO ARTIGAS

Por segunda vez el jurado del SODRE destinado a juzgar la radioteatralización de la vida de Artigas ha declarado desierto el premio único instituido a esos efectos, y por segunda vez ha considerado conveniente señalar los mejores trabajos presentados que no alcanzaban la perfectibilidad que los señores del jurado soñaron alcanzar, llegando en este segundo llamado a aconsejar la adquisición de uno de ellos —LANZA Y SABLE, seudónimo GRITO DE GLORIA— “por ser incuestionablemente el de mejores valores históricos y radioteatrales”, pero al que no le conceden el premio por reparos artísticos.

Por su parte la Comisión Directiva del SODRE, que preside Justino Zavala Muniz, en un gesto histórico destinado a perfeccionar la irrision a que sometió el jurado a los concursantes, se negó a aceptar la sugerencia con un fútil pretexto cuyo menor defecto es ser absolutamente incomprensible.

Nos preguntamos, con el público, ¿qué piensa hacer el SODRE?, ¿llamar a concurso por tercera vez con la secreta esperanza de poder declarar desierto de nuevo?, ¿encomendar a la B. B. C. la adaptación de la vida de Artigas y si es posible una versión con artistas mexicanos y andaluces por la que estaría dispuesto a pagar gustosamente el premio fijado?

La situación actual es realmente absurda. Se ha llamado dos veces a concurso con amplios plazos para la presentación de un trabajo que exige: 1º) una labor previa de investigación, documentándose muy minuciosamente y que, como no puede improvisarse en seis ni en quince meses, supone una dedicación anterior; 2º) conocimientos de radioteatro y de montaje radiofónico; 3º) elaboración literaria del tema.

En ambos concursos toda la discusión se hizo sobre la misma obra que los dos jurados consideraron conveniente destacar públicamente por sus valores no decidiéndose al premio, en este último llamado, por reparos artísticos. (Confieso, después de haber leído la obra, que no entiendo cuáles pueden ser esos reparos eufemísticamente expresados. Los episodios representan con verdad, vigor, amplio dominio literario, en un acendrado documento humano, la época y los hombres que intervinieron en la gesta patria. La única explicación que creo posible es que el jurado se sintiera atacado de una violenta e irreprimible afición al floripondio, al lirismo borracho o a la “literatura tipo José L. Antuña”; éste parece ganar más fácilmente los premios de exaltación histórica como lo demuestra su triunfo en el concurso sobre la Cruzada Libertadora de los 33.)

Estos dos concursos han de-

mostrado lo que pueden hacer los escritores nacionales y esos episodios, los mejores que podríamos esperar, son objeto, sin embargo, de la negación empecinada del SODRE que no cesa en su búsqueda de una ñoña perfección. ¿Acaso hay otros motivos, extraliterarios, que expliquen esta ceguera?

La conducta del Sr. Zavala Muniz, como la del Dr. Emilio Frugoni, responsables por sus cargos de la situación, es de una admirable inconsecuencia y esta irrision a que ambos han sometido a los concursantes y en la persona de ellos a los escritores nacionales, no es más que la consecuencia de sus inconsecuencias. El Sr. Zavala Muniz olvida prudentemente su época guerrera de escritor, cuando se polemizaba en torno a su pieza En un rincón del Tacuarí y debía defenderla como obra de arte contra quienes la calificaban moralmente; olvida que fué autor de proyectos para mejorar las remuneraciones literarias, para contemplar la situación del escritor, que bregó por mejores condiciones para la labor intelectual.

El Dr. Frugoni, por su parte, interviene en jurados, después de haberse negado en otras ocasiones, para llevar a la práctica sus opiniones. Afirmaba allá por 1927, en un artículo: Los concursos literarios, que recogió en La sensibilidad americana (¿sensibilidad para qué?) “Abomino de los concursos oficiales para estimular la literatura de imaginación —el verso, el cuento, la novela, el teatro— con el dinero del pueblo; en un país donde esa literatura florece con abundancia y espontaneidad abrumadoras, y donde rara vez falta a quienes en ella se distinguen —o aunque no se distinguan— el apoyo oficial en forma de empleos públicos que dejan siempre 24 horas al día libres para borrar cuartillas”. Si se opina de esta manera, ¿por qué se acepta integrar un jurado? y ¿por qué habiendo reconocido los valores históricos y radioteatrales del trabajo se lo objeta por motivos artísticos cuando también son suyas estas palabras? “Bella y aleccionante es la página con que Upton Sinclair, el gran novelista norteamericano, rechazó el premio que le fuera otorgado en un concurso donde se eligió el mejor cuento publicado en Estados Unidos durante ese año. El no quiere que los valores artísticos resulten impuestos por un conciliábulo de jueces, sino que triunfen en concurrencia libre ante las públicas discusiones de la crítica y la varia apreciación de los lectores.”

Los fallos de ambos jurados, como se ve, son fruto de la inconsecuencia aplicada a la tarea de burlarse de los escritores nacionales. Y conste que esta nota no es gratuitamente agresiva sino santamente indignada.

L. R.